

ESTE DIARIO

SE PUBLICA

POR SU TIPOGRAFIA A VAPOR

Calle del Cerrito 54

REDACCION Y ADMINISTRACION, CERRITO 84

DIRECTOR—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

AVISOS Y SOLICITADAS HASTA LAS 6 DE LA TARDE

# EL BIEN PÚBLICO

## DIARIO DE LA MAÑANA

SUSCRICION

Por un mes . . . . . \$ 1 50  
Un número del día . . . . . 0 10  
Un número atrasado . . . . . 0 30

Almanaque  
Viernes San Sabán—Agosto.  
El sol sale a las 4.55 se pone a las 7.5.

EL BIEN PÚBLICO  
MONTEVIDEO, DICIEMBRE 5 DE 1879

¡Comediate! Tragediante!

El *Siglo*, el caduco *Siglo* escribió ayer una conculción de palabras en forma de artículo editorial.

¿Habrá alguien que lo crea?  
La Instrucción Pública establecida por el Sr. Varela y que no por eso puede llamarse Vareliana, como ha dado en llamarla *El Siglo*, por cuanto no es sino la trasplantación intempestiva de instituciones Yankées que es imposible que echen raíces en nuestro país, ese sistema es la pesadilla que hace disvariar al viejo periódico.

«No abrirán los ojos, dice con enfático ademán, los que están siendo instrumentos inconscientes de los tenebrosos planes de *El Bien Público* y sus hombres»  
¿Comediate! ¡Tragediante! Bien sabeis cuales son esos planes y esos hombres; pero tenéis miedo de reconocerlos. Sabéis que esos hombres son incapaces de planes tenebrosos. Sabéis que en nuestro corazón arde el fuego de las horas de juventud franca y valiente, animando un ascender amor a nuestra patria.

«Hombres tenebrosos!»  
¡Tragediante!  
Son tales los que tienen el indomable valor de sus convicciones cristianas. Los que no han tenido empucho en proclamar su credo solos contra todos, apesar de la guerra infame y villana que se hacía en nuestra patria a una idea santa abandonada por los cobardes. Son tales, viejo *Siglo*, los que han venido a demostrar al país que la religión de nuestros padres no está refutada con la libertad verdadera ni con el fuego de la juventud; los que han lanzado el reto de cobardes a los que, sintiendo en el alma el germen de la fe que aprendieron en el hogar, lo dejan aniquilarse miserablemente por temor de la sonrisa o del sarcasmo dibujados en el labio procaz de algún miserable ó de algún necio.

Esos son los planes tenebrosos que os espantan, viejo *Siglo*, porque apesar de lo que digan vuestros labios, vuestro corazón ve en esos hombres un constante y elocuente reproche a vuestros actos inconsecuentes y pequeños.

¡Conoceis, caro colega, la mano que trazó estos versos al Cristo:

«Si eres Dios te adoro  
Si eres hombre te admiro,  
Cuando en la cruz te miro  
Me postro ante la cruz.»

¡Conoceis esa mano, viejo colega?  
Pues esa es la misma que busca en su apoyo las palabras de un papel periódico que diariamente insulta a ese hombre ó a ese Dios ante el cual os postráis al ver el madero de su suplicio.

¡Conoceis esa mano?  
Pues esa mano no tiene un corazón que la guíe para calificar de miserable al labio que blasfema de ese hombre ó ese Dios que adora ó venera, y se limita a decir con sarcástica cobardía:

«Tal diario blasfema en grande contra la madre de ese hombre ó de ese Dios.»

Esa mano, viejo *Siglo*, no se ha atrevido a trazar una protesta contra la blasfemia lanzada por Garibaldi contra el Dios infinito, antes al contrario ha trazado anatemas contra *El Bien Público* y sus tenebrosos hombres que salieron a la defensa de su Dios ultrajado lanzando al rostro del blasfemo la justa execración que brota del corazón creyente sin ambages ni temores.

Esa mano guiada por ese corazón es la que califica de tenebrosos los planes de *El Bien Público* y de sus hombres.

¡Comediate! Tragediante!  
¡Tenebrosos! Quizas hayais sorprendido, estimable, valiente, y consecuente colega, alguno de los otros en que celebramos nuestros conciliabulos! Quizá

habeis traducido en nuestras fisonomías rugosas con ojos pequeños y hundidos, con barbas blancas y largas lo negro de nuestros planes y de las almas en que ellos se albergaban.

¿Quiénes son los instrumentos inconscientes de nuestros tenebrosos planes? ¿A quienes os referís, luminoso y consecuente colega? ¿A quienes hemos conseguido empujar con nuestros diabólicos hechizos, angelical *Siglo*?

¡*El Bien Público*, el desprestigiado diario, la voz sin eco en el país, la propaganda sin razón, el de vida precaria y agonizante, según vosotros, haciendo prosélitos é instrumentos inconscientes de sus planes!

¿Comediate consecuencia! ¡Hecho verdaderamente inexplicable! ¿Cómo hacemos esos prosélitos, estimable colega?

¿Tenemos razón o no?  
Si la tenemos no somos tan tenebrosos: la razón es la luz.

Y si no la tenemos ¿de qué medios nos valemos para embaucar y atraer?

¿Creéis en los hechizos, buen colega? ¿Vamos; no sois tan niño para temer a los brujos. Representais comedias con una seriedad digna de una buena causa indigna de vuestros años. Comedias de relumbro en las que figurán como personajes el progreso, la ilustración, el retroceso, la regeneración y los nuevos horizontes.

Y cuando veis que se hace la luz que pone de relieve los gordos brochazos de vuestros telones, queréis hacer creer que esa luz sale del fondo de algún antro y encarna el diabólico espíritu de un conciliabulo.

¡Trag ediante!

No, buen colega, no somos tenebrosos ni somos enemigos de la ilustración del pueblo. Si muere el actual régimen de la instrucción, no muere por eso la instrucción del pueblo; lo os aseguramos y estáis convencido de ello. No morirá en medio de la *ausencia abstencionista* como decís diplomáticamente. Ese abstencionismo es una palabra. A ese respecto nadie se abstiene porque todos bregan, aun vuestros blasfemos amigos a quien va dirigida la puya. Lo que hay es que su voz y la vuestra desprestigian la causa que apadrinan, porque son ya conocidas sus armas vedadas y sin respecto a nadie ni a nada. Dios, culto, poder, libertad, todo se desfigura, todo se veja, todo se atropella.

Y la educación de la niñez [por esas bases es la negación de todo orden y de todo bien; es la formación de una generación de vívoras que envenenarán el seno de la patria que les dio, vida y calor.

No podemos reproducir aquí los tenebrosos argumentos que nos han conquistado esos instrumentos inconscientes a que se refiere el *Siglo*; pero debemos recordar que hemos demostrado clópicamente día a los niños por el actual sistema, es inútil cuando no es mala. Que recoger el Estado a los niños y niñas pobres para enseñarles física y química é historia natural y geología y economía política, es un disparate sin nombre y que no es razonable exigir al pueblo cuantiosas erogaciones para costear ese disparate.

Hemos probado que en la cabeza de un niño no puede dejar huella ese conjunto de conocimientos difíciles y complicados y sin aplicación en la vida práctica; y eso, estimable colega, hemos tenido ya ocasión de observarlo en las escuelas al examinar a niños de diez años de materias que exigían vastos conocimientos anteriores, que ellos no tenían, porque no podían tener, y que en consecuencia esos conocimientos pasaban por la mente de ese niño como pasa una bola de marfil sobre una mesa de mármol, sin dejar huella alguna.

Hemos probado que para hacer un ciudadano útil é instruido de un pobre hijo del pueblo, no es necesario ni razonable hacerlo un sabi-hondo; ni para hacer una honrada madre de familia es cuerdo enseñarle anatomía ni geometría.

Beatriz le vio marchar, y llena de una feroz alegría exclamó:

—Al fin me vengaré. ¡Pobre chiquillo! Es una máquina de la que yo dispondré a mi gusto. Creía tal vez que trataba con una simple como esa Victoria que fué su primer amor. Ya se irá convenciendo de lo contrario.

Y reía á carcajadas, saboreando por anticipado el placer de la venganza.

¿Cuál era el verdadero estado de Alberto? Ya hemos dicho que al ofrecer a Beatriz la venganza, no se había propuesto otra cosa que ganar tiempo y tranquilidad. Pero después, al escuchar sus nuevas palabras, al oír de sus labios que estaba dispuesta, caso de ser desobedecida, a vengarse por sus propias manos de Rafael y de él, temió, y consintió en ser instrumento de su venganza.

Tan cierto es que una mujer depravada que ha perdido el pudor y la vergüenza, arrastra al hombre al abismo de todos los males; pero es porque el hombre, dejándose sujetar por sus pasiones, se rebaja de su dignidad y se convierte en una máquina. Estas son las consecuencias de los amores desordenados, del olvido de la virtud y de la relajación de las costumbres.

Ya veremos los caminos por donde se dejó arrastrar este joven, que pudiera haber hecho un brillante papel en la sociedad, atendido el rango de su familia y la educación que había recibido.

—¿Dormiré yo irónicamente Alberto.  
Beatriz se levantó, tomó el sombrero de Alberto se lo dio y le dijo:

—Es tarde, y yo también deseo descansar. Hasta mañana.

Alberto se despidió, estrechó la mano de su amada, y a poco rato se encontró en la calle y empezó a andar en dirección fija.

Tan atardecido se hallaba.

No sabía darse cuenta de lo que le pasaba.

Todo eso, buen colega, tenemos que costearlo, y todo eso cuesta a nuestro exhausto país la suma de 375,000 pesos, es decir, uno de los mayores presupuestos que gravan a la Nación que esta, haciendo esfuerzos supremos para levantarse de su postración.

Hemos demostrado que después que el honrado labrador se sienta a descansar del trabajo del día al amor del hogar, al levantar la cabeza y ver el cielo estrellado, es preferible a que sepa clasificar las constelaciones celestes, que sepa leer en las estrellas el nombre del Dios que las creó y las ordenó y doblar la rodilla con sus hijos para elevar a ese Dios Creador su plegaria cristiana.

Hemos probado que con la mitad de lo que hoy se invierte en la instrucción pública, se podría educar el mismo número de niños si se quiere, pero enseñándoles los conocimientos elementales que constituyen la base de una regular instrucción. Los que tengan disposiciones para estudios superiores, que son los menos, esos eduquense por su cuenta ó pidan pensiones especiales ó arbitresse cualquier otro medio, sin que tengamos que costear para ciento lo que solo aprovechará a uno.

Esos y otros muchos de su género son, caro colega, los tenebrosos planes de *El Bien Público* y sus tenebrosos hombres.

Con eso hemos hecho, si es cierto lo que *El Siglo* dice, instrumentos inconscientes de nuestros conciliabulos, pero tened en cuenta que el mayor apoyo que tenemos para nuestra propaganda son las blasfemias y los insultos de vuestros amigos, cobardemente tolerados por quien quiere sacar la castaña con la mano del gato.

Eso es lo que queréis desfigurar vos y vuestros blasfemos amigos, como vos mismos los clasificabais con cobarde sorna.

Eso es lo que ven todos los hombres de buena fé que no estén cegados por la pasión.

Y eso es lo que creemos nosotros los hombres de *El Bien Público*, jóvenes a quienes califican de tenebrosos vuestros labios, pero que no puede menos de respetar vuestra alma, porque veis una fé santa y ardiente grabada en sus corazones y el valor de una convicción profunda escrita en el alto de sus frentes.

Perdonemos nuestro colega el que hayamos salido del tono general de nuestros artículos; pero hay procedimientos que llenan la medida; de lo que rebosa el corazón no puede menos de hablar el labio.

Gran victoria!

«La batalla del Atlántico, ó mas propiamente del Plata, sobre el Pacífico, está ganada», acaba de decirnos en correspondencia privada un profundo é ilustrado pensador.

Esas hermosas palabras son el recuerdo grato de la parte que nos ha tocado en el triunfo de esa campaña comercial: las relaciones del comercio de Bolivia con el Plata.

Es cierto que sus ventajas acarician, por hoy, mas a la República vecina que a nosotros, pero si nosotros no participamos de ellas es por culpa de nuestra propia negligencia.

Debemos confesar en alta voz nuestra falta!

Sin embargo, las conquistas de la civilización son reflexivas y no refractarias, sobre todo cuando son inmediatas. Y en este sentido debemos hacer nuestras las que obtiene la Confederación vecina.

No es tarde, sin embargo, para que nos apremiemos en favor de nuestro propio beneficio, para que el Pilcomayo ó el Paraguay sean los afluentes poderosos de nuestra riqueza comercial.

La prensa argentina, hábil y perspicaz ha comprendido de tal modo la importancia de esta táctica comercial, que la arrastrado a su Gobierno a realizarla. Irrealizada está.

La prueba de ello la encontrarán nuestros lectores en el brillante artículo de la prensa bonaerense que publicamos á

que venimos narrando, residía en Granada el padre Mariano de Arvia, llamado más generalmente *Apóstol de Andalucía*, varón de rectas virtudes y de una singular elocuencia en la predicación.

Un día de San Sebastián, predicaba el padre Arvia en una ermita del Santo, con su acostumbrado espíritu. Entre su auditorio se encontraba Juan de Dios.

El predicador tenía suspensos de sus labios á los numerosos oyentes que habían acudido á la fiesta.

De las alas del santo espíritu pasó á las del amor divino con lo que pretende herir los corazones de los hombres.

De tal modo impresionó á Juan de Dios lo que había dicho, que, inflamado en el amor divino y olvidándose profundamente de todos sus pecados, y muy especialmente del que había cometido abandonando á sus padres y siendo causa de su prematura muerte, salió de la iglesia dando gritos y confesando públicamente las faltas, de las que le argüía la conciencia.

De aquí resultó que una caterva de muchachos y de gente ociosa le fueron siguiendo por las calles gritando tras de él «¡Al loco, al loco, al tiempo mismo que le arrójaban pedras y lodo.

Juan lo sufría con la mayor paciencia.

En el mismo día, repartió sus libros devotos entre las personas que los querían, y entregó todo el dinero que poseía á la justicia para libertar presos, habiendo alanzado para que consiguieran la libertad veinte y dos detenidos.

Juan pasó algún tiempo en su aparente locura, ganoso de ser despreciado de los hombres para purificarse de sus pecados. Después se puso bajo la dirección del maestro Arvia, y determinó á pasar el resto de su vida en el ejercicio de la misericordia, puso los cimientos, sin recursos de ninguna clase, á un instituto que llegó á adquirir gran celebridad en España, Italia, Francia, Ale-

man, Polonia y aún en las Indias Orientales y en Filipinas.

Un día vio á la puerta de una casa una cédula que decía: «Esta casa es alguna para pobres.»

Imediatamente, y á pesar de que carecía de recursos, alquiló aquella casa, y con las limosnas que pudo recoger de algunas personas piadosas, estableció en ella su escuela. Y seis camas, muy pobres entonces pero muy suficientes para principio de la nueva hospitalidad que se proponía fundar.

Hagamos ahora una reflexión que se desprende naturalmente de estos hechos.

Un día, en los antiguos tiempos, una barquilla de mimbres fluctuaba empujada por las aguas del Nilo, y se mecia blandamente al son de las endechas que alzaban los cautivos.

Una princesa que fija su vista en aquel objeto, disputa con las aguas aquel niño, y las vence.

Quisá pudiese ser la inteligencia humana. ¿Quién hubiera pensado en aquellos supremos instantes, que aquel niño que entraba en el mundo por las puertas del naufragio, estaba destinado á hacer brillar la aurora de la libertad para los hijos de Israel!

Pues fué así. Aquel tierno infante arrebatado por disposición de la Providencia á las aguas del caudaloso Nilo, fué Moisés, el que condujo al pueblo de Dios por los desiertos del Egipto; aquel niño cuya presencia se respiró el mar Rojo para que atravesase con los suyos por entre dos murallas de agua, cerrándose de nuevo para causar la muerte á los poderosos ejércitos de Faraón.

El mismo Moisés fué el que más tarde y sobre la cumbre de un elevado monte, entre el ruido espantoso del trueno y el reflejo de los relámpagos, recibió de manos de Jehovah las tablas donde estaban escritos los preceptos que habían de practicar los hombres. ¿Qué hombre, por privilegiado que hubiese sido su criterio, hubiese comprendido tan sublime destino en el niño recogido en la barquilla de mimbres?

Si se realizase esa obra de titanes antes que nosotros llegásemos por el Norte á las fronteras bolivianas, tendríamos que luchar mucho, acaso medio siglo, para recuperar el terreno perdido.

No debemos, ni podemos olvidar que tenemos un rival hábil y laborioso, que estrecha por la limitada extensión del lote de tierra que le cupo en el reparto de la América, busca la dilatación artificial de sus dominios, ya sea por medio de ligeros temporales, ya sea conquistando colaboradores estranjeros del cogran declinamiento de sus Adunadas para acrecentar el poder de sus fuerzas económicas.

La geografía lo dice: Bolivia no puede inscribirse su nombre entre los tributarios del Pacífico, mani, Polonia y aún en las Indias Orientales y en Filipinas.

Un día vio á la puerta de una casa una cédula que decía: «Esta casa es alguna para pobres.»

Imediatamente, y á pesar de que carecía de recursos, alquiló aquella casa, y con las limosnas que pudo recoger de algunas personas piadosas, estableció en ella su escuela. Y seis camas, muy pobres entonces pero muy suficientes para principio de la nueva hospitalidad que se proponía fundar.

Hagamos ahora una reflexión que se desprende naturalmente de estos hechos.

Un día, en los antiguos tiempos, una barquilla de mimbres fluctuaba empujada por las aguas del Nilo, y se mecia blandamente al son de las endechas que alzaban los cautivos.

Una princesa que fija su vista en aquel objeto, disputa con las aguas aquel niño, y las vence.

Quisá pudiese ser la inteligencia humana. ¿Quién hubiera pensado en aquellos supremos instantes, que aquel niño que entraba en el mundo por las puertas del naufragio, estaba destinado á hacer brillar la aurora de la libertad para los hijos de Israel!

Pues fué así. Aquel tierno infante arrebatado por disposición de la Providencia á las aguas del caudaloso Nilo, fué Moisés, el que condujo al pueblo de Dios por los desiertos del Egipto; aquel niño cuya presencia se respiró el mar Rojo para que atravesase con los suyos por entre dos murallas de agua, cerrándose de nuevo para causar la muerte á los poderosos ejércitos de Faraón.

El mismo Moisés fué el que más tarde y sobre la cumbre de un elevado monte, entre el ruido espantoso del trueno y el reflejo de los relámpagos, recibió de manos de Jehovah las tablas donde estaban escritos los preceptos que habían de practicar los hombres. ¿Qué hombre, por privilegiado que hubiese sido su criterio, hubiese comprendido tan sublime destino en el niño recogido en la barquilla de mimbres?

Si se realizase esa obra de titanes antes que nosotros llegásemos por el Norte á las fronteras bolivianas, tendríamos que luchar mucho, acaso medio siglo, para recuperar el terreno perdido.

No debemos, ni podemos olvidar que tenemos un rival hábil y laborioso, que estrecha por la limitada extensión del lote de tierra que le cupo en el reparto de la América, busca la dilatación artificial de sus dominios, ya sea por medio de ligeros temporales, ya sea conquistando colaboradores estranjeros del cogran declinamiento de sus Adunadas para acrecentar el poder de sus fuerzas económicas.

La geografía lo dice: Bolivia no puede inscribirse su nombre entre los tributarios del Pacífico,

mani, Polonia y aún en las Indias Orientales y en Filipinas.

Un día vio á la puerta de una casa una cédula que decía: «Esta casa es alguna para pobres.»

Imediatamente, y á pesar de que carecía de recursos, alquiló aquella casa, y con las limosnas que pudo recoger de algunas personas piadosas, estableció en ella su escuela. Y seis camas, muy pobres entonces pero muy suficientes para principio de la nueva hospitalidad que se proponía fundar.

Hagamos ahora una reflexión que se desprende naturalmente de estos hechos.

Un día, en los antiguos tiempos, una barquilla de mimbres fluctuaba empujada por las aguas del Nilo, y se mecia blandamente al son de las endechas que alzaban los cautivos.

Una princesa que fija su vista en aquel objeto, disputa con las aguas aquel niño, y las vence.

Quisá pudiese ser la inteligencia humana. ¿Quién hubiera pensado en aquellos supremos instantes, que aquel niño que entraba en el mundo por las puertas del naufragio, estaba destinado á hacer brillar la aurora de la libertad para los hijos de Israel!

Pues fué así. Aquel tierno infante arrebatado por disposición de la Providencia á las aguas del caudaloso Nilo, fué Moisés, el que condujo al pueblo de Dios por los desiertos del Egipto; aquel niño cuya presencia se respiró el mar Rojo para que atravesase con los suyos por entre dos murallas de agua, cerrándose de nuevo para causar la muerte á los poderosos ejércitos de Faraón.

El mismo Moisés fué el que más tarde y sobre la cumbre de un elevado monte, entre el ruido espantoso del trueno y el reflejo de los relámpagos, recibió de manos de Jehovah las tablas donde estaban escritos los preceptos que habían de practicar los hombres. ¿Qué hombre, por privilegiado que hubiese sido su criterio, hubiese comprendido tan sublime destino en el niño recogido en la barquilla de mimbres?

Si se realizase esa obra de titanes antes que nosotros llegásemos por el Norte á las fronteras bolivianas, tendríamos que luchar mucho, acaso medio siglo, para recuperar el terreno perdido.

No debemos, ni podemos olvidar que tenemos un rival hábil y laborioso, que estrecha por la limitada extensión del lote de tierra que le cupo en el reparto de la América, busca la dilatación artificial de sus dominios, ya sea por medio de ligeros temporales, ya sea conquistando colaboradores estranjeros del cogran declinamiento de sus Adunadas para acrecentar el poder de sus fuerzas económicas.

La geografía lo dice: Bolivia no puede inscribirse su nombre entre los tributarios del Pacífico,

mani, Polonia y aún en las Indias Orientales y en Filipinas.

Un día vio á la puerta de una casa una cédula que decía: «Esta casa es alguna para pobres.»

Imediatamente, y á pesar de que carecía de recursos, alquiló aquella casa, y con las limosnas que pudo recoger de algunas personas piadosas, estableció en ella su escuela. Y seis camas, muy pobres entonces pero muy suficientes para principio de la nueva hospitalidad que se proponía fundar.

Hagamos ahora una reflexión que se desprende naturalmente de estos hechos.

Un día, en los antiguos tiempos, una barquilla de mimbres fluctuaba empujada por las aguas del Nilo, y se mecia blandamente al son de las endechas que alzaban los cautivos.

Una princesa que fija su vista en aquel objeto, disputa con las aguas aquel niño, y las vence.

Quisá pudiese ser la inteligencia humana. ¿Quién hubiera pensado en aquellos supremos instantes, que aquel niño que entraba en el mundo por las puertas del naufragio, estaba destinado á hacer brillar la aurora de la libertad para los hijos de Israel!

Pues fué así. Aquel tierno infante arrebatado por disposición de la Providencia á las aguas del caudaloso Nilo, fué Moisés, el que condujo al pueblo de Dios por los desiertos del Egipto; aquel niño cuya presencia se respiró el mar Rojo para que atravesase con los suyos por entre dos murallas de agua, cerrándose de nuevo para causar la muerte á los poderosos ejércitos de Faraón.

El mismo Moisés fué el que más tarde y sobre la cumbre de un elevado monte, entre el ruido espantoso del trueno y el reflejo de los relámpagos, recibió de manos de Jehovah las tablas donde estaban escritos los preceptos que habían de practicar los hombres. ¿Qué hombre, por privilegiado que hubiese sido su criterio, hubiese comprendido tan sublime destino en el niño recogido en la barquilla de mimbres?

Si se realizase esa obra de titanes antes que nosotros llegásemos por el Norte á las fronteras bolivianas, tendríamos que luchar mucho, acaso medio siglo, para recuperar el terreno perdido.

No debemos, ni podemos olvidar que tenemos un rival hábil y laborioso, que estrecha por la limitada extensión del lote de tierra que le cupo en el reparto de la América, busca la dilatación artificial de sus dominios, ya sea por medio de ligeros temporales, ya sea conquistando colaboradores estranjeros del cogran declinamiento de sus Adunadas para acrecentar el poder de sus fuerzas económicas.

La geografía lo dice: Bolivia no puede inscribirse su nombre entre los tributarios del Pacífico,

mani, Polonia y aún en las Indias Orientales y en Filipinas.

Un día vio á la puerta de una casa una cédula que decía: «Esta casa es alguna para pobres.»

Imediatamente, y á pesar de que carecía de recursos, alquiló aquella casa, y con las limosnas que pudo recoger de algunas personas piadosas, estableció en ella su escuela. Y seis camas, muy pobres entonces pero muy suficientes para principio de la nueva hospitalidad que se proponía fundar.

la guajá purísimo y galano, la majestad literaria de su estilo, la importancia del asunto á que se refiere picará, estamos seguros, la atención de nuestro público. Por eso nos permitimos recomendarlo, no solo á nuestros lectores, sino también á nuestros colegas de la prensa, y en especial á aquellos que como *El Siglo* y *La France* han mostrado ya que sabrán darle toda su utilidad é importancia.

Hé aquí ese artículo:

EL MUELLE INTERNACIONAL

No hemos escrito una paradoja. Siempre hemos sentido pasión por el ensanche de los dominios de las Adunadas del Plata, pasión que nace de las condiciones de nuestra geografía.

En la hora, elementalmente envuelta en raudales de luz, de nuestra emancipación política, recorrimos la mitad del continente con la espada desenvainada.

Concluido ese drama, cumplimos recorrer el camino nuevamente, armados, no ya con cañones, sino con los productos del intercambio mercantil con la ley amiga que arma los esfuerzos y ampara el trabajo de todos los hombres del continente, llamados por las indicaciones de la naturaleza a vivir en estrechas relaciones.

La República Argentina, colocada á los límites del mundo mediante las aguas del Plata, debía extender la mano á Bolivia, amurallada por el desierto, cruzado á su vez por inmensas cadenas de montañas.

Buenos Aires, la hija mimada de la naturaleza, estaba destinada á ser la dispensa del Interior de la República y la depositaria de los artículos de comercio de una porción considerable del destino de nuestras cosas internas.

El lúctre extranjero que proyectó al ferrocarril á la Encarnación, y que tendió los primeros rieles en el Interior, llevaba aun mas lejos su pensamiento, porque el quería hacer al Pacífico tributario del Atlántico, por medio del vapor aplicado á locomoción terrestre.

Coraje no nos falta para acometer las grandes empresas.

Carecemos, sí, de una voluntad ordenada y persistente y de un poco de mas juicio en el gobierno de nuestras cosas internas.

Con menos demagogia, y con mas reposo en el criterio, podríamos multiplicar el presente por el destino y engendrar nuestra prosperidad sólida, brillante y duradera.

El día que conseguimos dar carta de ciudadanía en el Plata al comercio de Bolivia, la República Argentina habrá agregado un gran contingente á su poderío y Buenos Aires habrá adquirido inmensamente los dominios de su importancia mercantil.

Bolivia á su vez, emancipada de su confinamiento, vigorizará su musculatura comprimida por el desierto, saliendo al Pacífico por medio del ferrocarril, en donde se recibe el aliento y se escucha el magestuoso tropel del mundo.

Las ganancias de esta naturaleza, para ser consideradas como tales, deben ser recíprocas y lo son en efecto, en nuestro caso.

Las alianzas remachadas con los eslabones de la guerra y la paz impuesta y firmada sobre el campo de batalla, carecen del temple de los cuerpos resistentes.

La perpetuidad está reservada solamente á la concordia que nace, se fecunda y se magnifica bajo las banderas del comercio.

He aquí la dorada esperanza de los patriotas sinceros y de los estadistas que piensan aconsejados por la intuitiva luz de la prevision.

La síntesis del vasto pensamiento, es esta: dilatar el imperio del muelle de Buenos Aires, hasta el corazón de Bolivia.

Allá vamos.

Eso es el rumbo que llevan las paralelas esculpidas en silencio en las riberas del Atlántico, en donde se recibe el aliento y se escucha el magestuoso tropel del mundo.

Las ganancias de esta naturaleza, para ser consideradas como tales, deben ser recíprocas y



sus juicios, el magistral artículo que revisamos.

El *Ferro-Carril* publica el Reglamento de la Exposición de Paysandú.

La *Reforma* aconseja que se ande con tiento en materia de colonización.

Encuadra el *Telegrafo Marítimo* el pensamiento de la Comisión de Agricultura de Paysandú al tratar de abrir una Exposición en este Departamento. Aconseja que la República tome parte en el ímitem tan laudable ejemplo.

Una vez más por todas diremos que *La España y La Tribuna Popular* no nos visitan a horas en que revisamos los diarios.

## SECCION OFICIAL

Dirección de Sanidad.

Montevideo, Diciembre 2 de 1879.

Señor Jefe Político.

El Comisario de Sanidad de la sección en que se encuentra el Cabildo, me denuncia el mal estado higiénico de este cárcel donde se encuentran alojados los presos de la policía y algunos del crimen.

Personalmente me constituí a ese local y me he convencido de su mala comodidad y de las pésimas condiciones higiénicas en que se encuentran.

Por este motivo y en razón de existir otra cárcel en la calle del Yí con perfectas condiciones de salubridad y comodidad donde pueden ser trasladados los presos del crimen, ruego a V. S. que en el día disponga lo conveniente para que se efectúe la traslación.

Realizada esta medida, se podrá evitar el desarrollo de alguna enfermedad que viciara a poner en peligro la salud de la población y en particular la de los presos que habitan esa cárcel, la cual no ofrece comodidad para un número mayor de ocho personas.

Podría abundar en otras apreciaciones si dadas de la opinión de V. S. este respecto. Antes de terminar mi informe deseo agradecer a esta nota, en que en el Cabildo solo se han permanecido los detenidos por infracciones de policía y para los cuales esa cárcel ofrece relativa comodidad por el corto tiempo que en ella están.

Me he permitido hacer esta última observación, porque como Director de Sanidad, cualquier hecho susceptible de afectar la salud pública, me es inmediatamente imputable desde el momento que conozca y tenga los medios de hacerlo desaparecer.

Aunque considero que V. S. está suficientemente autorizado para proceder inmediatamente a la traslación indicada, si V. S. no se considera habilitado para ello, lo ruego consúlto a la Superioridad, en el día, por ser urgente la realización de esta medida de alto interés público.

Consignado el motivo de esta comunicación y salvada la responsabilidad que en este caso pudiera extenderse a la Superioridad, quedo, señor, a usted con toda consideración.

Dios guarde a V. S. muchos años.

José M. Vilaz.

S. Bayce, Secretario

Al señor Jefe Político de la Capital.

Departamento de Policía.

Montevideo, Diciembre 3 de 1879.

Elvase con oficio al Ministerio de Gobierno para la resolución que corresponda.

Silveira.

Jefatura de Policía.

Exmo. Sr. Ministro de Gobierno, D. José M. Montero (hijo).

Exmo. Señor:

Para la resolución que corresponda, tengo el honor de elevar a ese Ministerio la nota que con esta fecha me ha dirigido el Sr. Director de la Comisión de Sanidad, pidiendo que los presos que se encuentran en esta cárcel a disposición de los Sres. Jueces del Crimen, sean trasladados a la calle del Yí.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Montevideo, Diciembre 3 de 1879.

Ventura Silveira.

Ministerio de Gobierno.

Montevideo, Diciembre 4 de 1879.

De acuerdo con las opiniones del Director de la Comisión de Sanidad, emitidas en la nota que acompaña, el Gobierno resuelve, que se ordene a la Jefatura Policial pasen en el día a la cárcel de la calle del Yí, todos los presos que por cualquier causa o delito están alojados en la casa de policía.

Elvase al conocimiento del Excmo. Tribunal Superior de Justicia esta resolución, expresando que la única cárcel que existe en esta capital para presos del crimen y de policía, es la establecida en la calle del Yí bajo la denominación de Taller Nacional, y publíquese.

Rubrica de S. E.

MONTERO.

Superior Tribunal de Justicia.

VEREDICTO

1.º Que está probado, que en la noche del 15 de Setiembre del corriente año, fueron asesinados a palo y después degollados y robados en su propia casa, situada en la calle de Iruzuain, en la Villa de San Pedro del Durazno, los individuos Benjamín Carrazo, Domingo Antonio Baleia y Rosa Membre.

2.º Que está probado que los ejecutores de estas muertes, y del robo, fueron Juan Cossa, José Dinardi, y Francisco Mazzoli.

3.º Que está probado que quien degolló a las víctimas fue Juan Cossa.

4.º Que está probado que en el hecho ha habido premeditación y alevosía, por parte de Matcilio Dinardi y Cossa, y ensañamiento por parte de este último.

5.º Que está probado que el dinero robado a los asesinados fue repartido entre Cossa, Mazzoli y Dinardi.

6.º Que está probado que Domingo Espósito sugirió la idea del asesinato y robo, convirtiéndolo a recibir del dinero robado una parte que no le fue entregada.

Vazquez—Berindague, discorde en parte de la última proposición.

Otero, discorde parte de la última proposición.—Muñoz—Lasala—Pierrey del Campo—Guillot—Guimeira—Ellaury—Montero Ibarra—F. M. Castro, Secretario.

## LECTURA AMENA

### El Dios de antaño

Historia de tres hechos importantes de la vida de los Napoleones

I

UN PAPA CAUTIVO

En una de las salas del palacio imperial de Fontainebleau hallábase cierto día del año 1813 un joven ricamente vestido, gallardo mancebo de unos quince años de edad. Vástago de los antiguos condos de Rethel, servía a la sazón a Napoleón I, con cuyo motivo le cabía con frecuencia la honra de acercarse a la persona del dueño y señor del mundo.

Un sentimiento de triste consideración nublaba el semblante del joven paje en el momento que nos encontramos. A sus ojos asomaban lágrimas que ruedan cada vez más copiosas sobre los bordados de oro de su vestido; y sin embargo, ni una palabra, ni un movimiento siquiera vino a revelar el fondo paje que agita su corazón: héle allí derecho e inmóvil como un soldado de la antigua guardia.

Es evidente que la causa de su dolor no es otra que el estado de un venerable anciano que descansa en un sillón en la estancia inmediata,

pues José de Rethel dirige sin cesar allí sus miradas anegadas en llanto, por la puerta entreabierta de la habitación.

El anciano viste sotana blanca talara, no lleva en su persona distintivo alguno de dignidad: su porte parece modesto, casi pobre en medio del fasto de la habitación imperial. Su noble semblante conserva huellas profundas de grandes dolores y tristezas, ostenta una palidez enfermiza, inclinado el pecho sobre sus mejillas y hundido sus ojos. No obstante, una serenidad apacible aparece por toda su fisonomía como un resplandor celestial, quedando sobre todo impresionada el alma sensible de José por la santa resignación de aquel mártir.

Todo está revelando en aquel varón de blanca sotana la fuerza de la violencia y la opresión. El anciano parece estar orando: las manos unidas descansan sobre el pecho; la cabeza se inclina ligeramente inclinada, y los misteriosos destellos que alumbra en su rostro revelan que siente vivamente la presencia del Altísimo. El joven se figura que aquella oración es de una eficacia maravillosa; el silencio que reina en torno suyo se hace solemne; la suntuosa estancia se transforma en sagrado recinto, creyendo el joven paje sentir la presencia de algún poder invisible. Apodósase de él una respetuosa admiración; secanse sus lágrimas y contempla con santo estupor la cabeza visible de la Iglesia, al Vicario de Cristo, pues aquel anciano no es otro que el papa Pio VII, desde hace noventa y tres años.

De pronto se deja oír un ruido de armas, y el paje sorprendido se incorpora y escucha. El ruido se aproxima; abre una puerta a la derecha; pasos cortos e irregulares se deslizan sobre la alfombra, y en seguida un hombre con el brillante uniforme de los mariscales atraviesa el umbral, se adelanta hacia la mitad del salón, y después se detiene como fascinado por la vista del Papa en oración. Era aquel hombre de pequeña estatura; cabellos cortos y lisos, de un color negro brillante, pueblan su cabeza. Su tez se hallaba teñida por el sol, sus facciones son regulares y bellas, y su barba afitada termina en una aguda punta que no está en proporción con el pequeño de aquel rostro lleno de finura, y es inclinado cierto de una voluntad de hierro. La mirada, sobre todo, tiene una fuerza singular, imperiosa, viva, penetrante; en una palabra, es la mirada del vencedor de Europa.

Luego que hubo dirigido la vista rápida en torno suyo, encaminóse Napoleón hacia su antiguo cautivo. Pio VII alza su venerable cabeza, se levanta y recibe con la sonrisa en los labios a su poderoso opresor.

El paje había avanzado un sillón para el Emperador.

—Dispensame, Santísimo Padre, si vengo a interrumpir vuestras piadosas meditaciones, dijo Bonaparte con una leve inclinación de cabeza; pero el cargo es leve. Meñester que haya paje al servicio del Emperador y el Papa. Después de muchas reflexiones, por razones ventajosas para nuestros intereses mi proposición de Ayer?

—Papa mi interés personal, si pero para los deberes del Papa, contestó Pio VII. Dais fin al duro cautiverio en que estoy viviendo hace ya cuatro años; asegural al Papa una renta anual de dos millones. ¡Esta muy bien! Pero no restituís el patrimonio de San Pedro; conservais a Roma; retenéis en vuestro poder todos los Estados de la Iglesia, y en estado de guerra con el Papa.

—¿Qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

perar recompensa alguna del cielo, por haber trabajado, no por Dios, sino únicamente por el Emperador. Set al emperador Napoleón con tanto serío, es menester que haya una religión. Es completamente imposible gobernar a un pueblo sin religión. Nunca permitiré que nadie desprece ni ultraje públicamente la moral cristiana, ni ningún hombre de Estado, por poco cuerdo que sea, lo tolerará jamás.

Por fin, el Papa se instaló en el que pretendía ser protector de la santa religión, exigió al Papa un atentado contra ella.

—No me es posible compartir vuestro modo de ver las cosas repuso Napoleón. La soberanía temporal del Papa no es artículo de fe. Muy al contrario, esa soberanía me parece un obstáculo que impide que el Papa cumpla en su extensión su misión espiritual. Renunciad esa soberanía. Vivid libre de todo cuidado de gobierno, no podéis más que de predicar en muchos países.

—Libre entre las garras de un águila, señor dijo el pueblo con dolorosa sonrisa. Demasiado lo cubría mi actual situación; el jefe de la Iglesia ha de ser independiente para poder cumplir todos sus deberes. El Papa no ha de ser súbdito de ningún monarca, pues éste abusaría de su superioridad y sacaría partido de la dependencia del Vicario de Cristo para la realización de sus designios políticos. He ahí el peligro a la Providencia divina fundar los Estados de la Iglesia y crear un asilo a la libertad de los Papas.

—Cosa rara es en verdad, dijo Bonaparte con tono ligeramente irónico, que todos los principios de Europa obedezcan a una señal de mi voluntad; que todos los pueblos se inclinen ante mis ejércitos victoriosos y acaten mis órdenes, y que un anciano, cautivo mío, sea el único que rechace mi amistad!

—Dispensame, señor, yo vuestro anciano cautivo, no puedo más que de predicar en muchos países. La amistad del Emperador, pero, el Papa tiene que decirnos: Lo que exigis es injusto, doblemente injusto pues pedis al jefe de la Iglesia, el supremo de la fe y de la moral cristiana que apruebe y confirme vuestra expropiación.

—¡Soberbio! admirable! exclamó cólerico el iracundo monarca. Tan solo el Vicario de Cristo cree serle lícito insultar al Emperador en su propia presencia.

—Siento infinito, Señor, que mireis como un insulto lo que solo es la expresión de la verdad. —Cada vez megoñé exclamó fuera de sí el dueño y señor de Europa levantándose bruscamente de su asiento. Dejemos este asunto, señor Papa. Despreciais mi amistad; ya sentiréis mi enemistad.

—Señor, repuso el Papa resignado, depongo vuestras amenazas a los pies del Crucificado, dejando a Dios el cuidado de vengar mi causa, que es la suya.

—Vana quimerica repuso el Emperador con aire despreciativo, ese Dios cuya causa defendéis no es más que un monstruo engendro de la superstición.

—Detened, Señor, dijo el Papa, interrumpiéndolo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

—¿Y qué queréis decir con eso? —Que el Papa, interrumpiendo y levantando la mano, el Dios de antaño así está vivo.

embargo, vivo aún.—Si, vivo para presenciar cómo os da de quebrantar la mano de ese Dios de antaño. Para vos he calado la medida, pronto comparéis el fin de todos los peregrinadores de la Iglesia.

El Papa, rendidas sus fuerzas, se dejó caer en el sillón. El Emperador se hallaba de pie, los brazos cruzados, y concluyó con la bendición del S. S. Sacramento y los demás con la reliquia de la Sma. Virgen.

Todos los Jueves a las 7 1/2 de la mañana se cantan las Letanías de todos los Santos por las necesidades de la Iglesia.

Todos los Jueves a las 2 de la tarde se capitan la Doctrina Cristiana a los niños y niñas.

Continúa el MES DE MARIA a las 5 1/2 de la tarde, con pláticas todos los días. Los días festivos se dará la bendición con el Santísimo Sacramento y los demás días con la Reliquia de la Santísima Virgen.

Continúa el MES DE MARIA a las 5 1/2 de la tarde, con pláticas todos los días. Los días festivos se dará la bendición con el Santísimo Sacramento y los demás días con la Reliquia de la Santísima Virgen.

Continúa el MES DE MARIA a las 5 1/2 de la tarde, con pláticas todos los días. Los días festivos se dará la bendición con el Santísimo Sacramento y los demás días con la Reliquia de la Santísima Virgen.

Continúa el MES DE MARIA a las 5 1/2 de la tarde, con pláticas todos los días. Los días festivos se dará la bendición con el Santísimo Sacramento y los demás días con la Reliquia de la Santísima Virgen.

Continúa el MES DE MARIA a las 5 1/2 de la tarde, con pláticas todos los días. Los días festivos se dará la bendición con el Santísimo Sacramento y los demás días con la Reliquia de la Santísima Virgen.

Continúa el MES DE MARIA a las 5 1/2 de la tarde, con pláticas todos los días. Los días festivos se dará la bendición con el Santísimo Sacramento y los demás días con la Reliquia de la Santísima Virgen.

Continúa el MES DE MARIA a las 5 1/2







